

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 158

25 cts.

Antagonista
John Gilbert

La tragedia de Calvert

Con una introducción de la autora y una introducción de la película.

BILLON, John Francis

Novela Popular

Cinematográfica

La tragedia de Calvert

(THE CALVERT'S VALLEY, 1922)

Argumento, en forma de novela, de la interesantísima película del mismo título, en la que la intriga y el misterio predominan por modo admirable. Producción de la célebre casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm»: Valencia, 280.

Protagonista : John Gilbert



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

Comienza esta historia la misma tarde que Esther Rinal, bella y gentil muchacha que estaba en la primavera de la vida, regresó a la casa paterna, en una ciudad quieta y apartada, después de una larga temporada de viajes por Europa.

A su gentileza nativa, se había agregado ese encanto que adquiere toda mujer que viaja, y esa ingenuidad hechicera que las hace más enloquecedoras. Esther, pues, regresaba transformada. Su sola presencia era ya un espectáculo admirable.

Gran sorpresa recibieron todos sus ruvecinos con su transformación. Pero también ella tuvo una gran sorpresa. Su prometido, Jaime Calvert, parecía otro hombre, un hombre muy distinto del que era cuando ella partió para Europa.

Cambiarón las primeras palabras, con muchas reservas, como si fueran desconocidos, y todo el rato que estuvieron juntos reinó aquel mismo ambiente, poco agradable. No pudiendo resistir más la sensación violenta de aquella situación, Jaime se dispuso a marchar.

Esther, entonces, le dijo:

—Un momento, espera un momento. Tengo una tarjeta para ti.

—¿Una tarjeta para mí?

—Sí. Un caballero, a quien conocí en el tren, me rogó que te la entregara.

Diciendo esto, Esther buscó entre sus papeles, y volvió, sin tardanza, al lado de Jaime, al que entregó la susodicha tarjeta, la cual decía:

«A mi regreso de Richmond, te visitaré, a fin de examinar los títulos y linderos de las tierras de Monte Verde. Tuyo afectísimo,

Francisco Elmira.»

Una amiga de Esther, que entró en aquel momento, enterada de lo que hablaban los prometidos, dijo a la joven:

—¿Dices que entablaste amistad con Paco Elmira en el tren?

—Sí, eso he dicho.

—¿Pues fué muy descortés al hablarte sin haber sido previamente presentado?

—No hubo tal descortesía. Contesté a su saludo y sostuvimos animada conversación. Por cierto que me pareció muy simpático...

—Esther, me sorprende tu acción. ¿Una joven de tu alcurnia no debe hablar así con un desconocido?

—¡Oh, Elisa, amiga mía! Yo no veo en ello nada de particular!

—De todos modos, créeme, ha sido muy impropio.

—No veo el por qué. Sin embargo, si he procedido sin la debida discreción, lo deploro muy de veras...

En mi conciencia, no obstante, tengo por seguro que no he obrado mal.

Este diálogo de las dos amigas, sostenido en presencia de Calvert, y en cuyo sentido más hondo trató de penetrar, especialmente queriendo saber cuál era el verdadero pensamiento de Esther respecto a Paco Elmira, llenó su mente de sospechas, si al principio un poco vagas, luego formidables, hasta tal punto que ya creyó que el corazón de su prometida no le pertenecía.

Si hemos de decir verdad, Calvert no se engañaba. El corazón de Esther, ciertamente, ya no era suyo, pero no por el encuentro que ésta había tenido en el tren, aunque también esto hubiera influido, sino por el cambio que advirtió en Jaime al llegar. Antes éste había sido un hombre franco, deridido, simpático. Ahora era reservado, hosco, sombrío, sin que él mismo supiera por qué, que de tal modo cambiaba, sin que nos demos cuenta, nuestro modo de ser.

Firme en sus sospechas, que a cada momento que pasaba se iban agrandando, Jaime procuró, poco después, quedarse a solas con Esther en un sitio propicio para el idilio apasionado. Y ya solos, le dijo con impaciencia:

—¿Recuerdas que esta noche hace justamente dos años que en este mismo sitio prometiste que serías mi esposa?

—Sí, Jaime... lo recuerdo perfectamente... pero en esos dos años...

—¿Qué? ¿Qué ha pasado en esos dos años?

—No sé cómo decirte...

—Habla. Por cruda que sea la verdad, la prefiero a la duda que ahora me atormenta...

—Pues bien. Puesto que lo quieres, hablaré. En el

transcurso de esos dos años... me he arrepentido...

—¿Te has arrepentido...?

—Sí. ¿No quiero casarme contigo?

—¿Por qué? ¿Qué has sabido de mí para tomar esa determinación? ¿Es que ya no me quieres?

—No, no te quiero para esposo. He pensado mucho antes de tomar esa firme resolución. Por lo tanto, no me casaré contigo...

Sin saber qué decir, pues tanto le habían sorprendido las palabras de Esther, que no sabía ni cómo responder a ellas, se metió las manos en los bolsillos como queriendo así ocultar su nerviosidad. Tropezó, al hacerlo, con la tarjeta que ella le había entregado poco antes, la sacó, la miró, la leyó, y luego dijo con voz un tanto sarcástica:

—¿Ahora lo comprendo todo!... ¡El charlatán de Paco Elmira te habrá hablado de mis amores con una artista neoyorquina, y de aquí tu resolución!

—¿Ah! ¿Conque has tenido otros amores? Pues Elmira no me ha dicho nada de eso... Y celebro saberlo, de veras... Ello es una prueba más, y espero que así lo comprendas, de la insensatez que sería llevar a cabo nuestra unión...

—¿Pero hablas en serio?—preguntó Jaime, y, a tiempo que hacía la pregunta, se acercó a Esther y la besó, por sorpresa, en la frente.

Como ella le rechazara con violencia, pues no esperaba tal hecho, él dijo con acento de burla:

—¿Astucia de mujeres! ¿Quieres hacerme creer que sientes tu dignidad herida por un beso?

—¿Qué modo de hablar!—repuso Esther, herida.

—¿Te desconozco, Jaime! Si un beso no ofende, cuando es recibido con agrado, repugna cuando se recibe por sorpresa y sin que el amor lo impulse.

La vanidad de hombre de mundo de Calvert se sintió herida por primera vez en su vida ante la activa actitud de Esther, que le miraba severa y con cierta repugnancia. Queriendo salir aleroso con un gesto, exclamó:

—¿Bah! ¿A qué discutir? ¡Las mujeres sois todas igualmente frías!

—¿Lo ves?—repuso, recobrando la serenidad, la joven.—Tus palabras acaban de demostrarme, de un modo absoluto, que mi resolución de no ser tu esposa es acertada en todas sus partes.

Viendo que su gesto superficial no le había dado ningún resultado, Jaime estuvo un momento indeciso. Luego se puso triste, y quizá no fuese todo simulación, como si sufriera de un modo horroroso.

Comprensiva para aquel sufrimiento, Esther le dijo:

—Jaime... Sé muy bien que no me quieres... Lo que está sufriendo ahora no es tu corazón, sino tu vanidad humillada...

Contrariado por esta fiel interpretación de sus pensamientos y sentimientos, Calvert se puso en pie y gritó un tanto fuera de sí:

—¡No! ¡No te quiero! ¡Odio ahora hasta tu misma presencia! ¡No sé cómo pude pensar en dar mi corazón a una chiquilla falta de sentido común como tú!

Viendo que hablar más sería inútil, Esther salió. Jaime se quedó mirando la tarjeta de Paco Elmira, que sus manos habían estrujado con furia, hasta el punto de que ya no podía leerse.

SEGUNDA PARTE

El amanecer del día siguiente sorprendió a Calvert en profundas meditaciones. No había podido dormir en toda la noche, y había llegado a la conclusión de que Paco Elmira era el único causante del desvío de Esther. Tan fijo se hizo este pensamiento en su mente, que sintió un odio terrible contra Elmira, contra aquel amigo que de un momento a otro había de llegar a hacerle una visita.

Poco después, en efecto, cuando apenas había acabado de amanecer, Paco Elmira, protagonista principal de esta historia, llamaba a la puerta de Jaime.

Paco Elmira era un hombre de negocios al que Calvert, muchas veces, había servido de agente. Llegaba, pues, a la casa de Jaime, con plena confianza, con franqueza completa.

Después de los saludos de rigor, en los que Elmira no notó nada anormal, éste dijo a Jaime:

—Me agradecería inspeccionar los terrenos de Monte Verde hoy mismo, y regresar a tiempo de tomar el último tren.

—Me parece que podrás hacerlo, sobre todo si marchamos ahora mismo.

—Estoy a tu disposición. Ninguna otra cosa tengo que hacer aquí.

Marcharon, pues, sin perder momento. A media mañana, ya estaban en los terrenos que habían de inspeccionar, y entraron en un refugio, construido en plena montaña, para descansar un rato y tomar algún alimento.



En seguida, Calvert ofreció a Elmira un trago de vino. Elmira lo rechazó con un gesto y dijo, pero sin acritud:

—Te lo he dicho mil veces, amigo mío, y siempre lo olvidas: no tomo ninguna clase de licres.

Ya lo sabía esto Jaime, pero como aquel día estaba en plan de mortificar a Elmira, de aquí su ofrecimiento, y de aquí también que dijera cuando Elmira se negó a beber:

—Pues este vino resucita a los muertos! Es cosa exquisita. Sin mixtificación. ¡Lo hago yo mismo!

—A pesar de eso, no me tonta el beberlo. Todos los vinos me hacen daño.

En cualquier otra circunstancia hubiera bastado esta observación para que Calvert no insistiera, pero entonces, firme en su propósito de mortificar, agregó:

—Aunque no tengas costumbre de beber, yo estoy seguro de que este vino no te hará ningún daño. Te repito que lo hago yo mismo y que es una cosa exquisita.

No queriendo que Jaime se enfadara por tan poca cosa, Paco Elmira bebió, y para que se viera que no era por cumplir, regular cantidad. Observándolo así Calvert, exclamó:

—Buen vino, ¿verdad? ¿Verdad que es excelente? ¡Se bebe que es un primor!

Una vez que ya había salado por encima de sus costumbres, a Elmira le era indiferente beber más o menos. Así, pues, siguió bebiendo, sin preocuparse de nada. Por otra parte, como si tuviera una intención oculta en ello, Jaime no cesaba de incitarle a beber, como deseando que se emborrachara...

En las cercanías de aquel refugio, vivía, en una especie de cueva practicada en la montaña, una extraña mujer llamada Martina Cooroff, apasionada madre de un muchacho que padecía enajenación mental. Precisamente para que no le arrancaran al hijo de los brazos y lo llevaran a un manicomio, se había ido a vivir a la montaña. Como allí el hijo no sería visto por nadie, se evitaba el peligro de tener que separarse de él.

Cada día, el muchacho salía a pasear por los montes, solo, y se entretenía en los juegos más raros, como un ser completamente primitivo.

Aquella mañana, al despedirlo, la madre le dijo al pobre muchacho:

—No tardes mucho hoy, hijo mío, que ya es hora avanzada. Y no te alejes demasiado...

El chico se alejó, saltando por entre las peñas. La madre, desde la puerta de la cueva, le seguía con la mirada, como vigilándole.

Entretanto, Elmira seguía bebiendo, acuciado por Jaime. De pronto, dijo, sonriendo:

—¡Oye, Jaime! ¿Es que aquí el que bebe no come?

—Deja la comida para más tarde, amigo mío. ¿No ves que estás borracho?

—¿Borracho yo? ¿De verdad? ¿Tan borracho como tú?

—Vó no estoy borracho, Paco. Tú sí. ¡Te has emborrachado como cualquier imbécil! ¡Como un imbécil, sí, y hemos terminado!

Al oír esta palabra, Elmira se puso en pie, de un brinco, y serena, como si no hubiese bebido nada. Ante el insulto, la borrachera desapareció. Dijo con energía admirable a Jaime:

—Voy a probarle ahora mismo que no debe hablarme de ese modo.

Para evitar el ataque, Jaime salió del refugio. Elmira le siguió, dispuesto a hacerle pagar su ofensa. Sin darse cuenta, ambos llegaron al borde de un precipicio. Ya allí, un bloque de piedra que rodaba desde más arriba, cogió a Jaime en su carrera y lo arrojó precipicio abajo.

La sorpresa hizo que Elmira no quisiera creer lo que veía. Antes de que se diera cabal cuenta de lo que había sucedido, cayó a su lado al muchacho enaje-

nado y a su madre que como lo vigilaba había aca-
dido, no se sabe por qué.

El muchacho gritó:

—¡El fué, madre! ¡Yo lo vi!

Y la madre dijo a Elmira:

—Usted mismo ha sido.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó Elmira, sin
entender bien lo que decía aquella mujer.

—Quiero decir que usted ha sido el que ha ma-
tado a ese hombre. Yo le he visto seguirle y empu-
jarle para que cayera en el precipicio.

—Usted está loca—opuso Elmira,—y no sabe lo
que dice. Pero no discutamos ahora eso. Quizá no
haya muerto aún. ¡Baje usted a socorrerle, mientras
yo corro a pedir auxilio!

Así iban a hacerlo, pero la llegada de algunas gen-
tes de los alrededores, que se habían apercibido del
suceso, lo evitó. Todos bajaron hacia el lugar adon-
de Calvert se había detenido, destrozado ya y sin vi-
da, y la madre del enajenado, sin que le preguntar-
an, explicó:

—Yo presencié el suceso... Fue sólo un acciden-
te... Resbaló y rodó al precipicio...

Esta nueva versión que la única testigo daba, tan
contraria a la de poco antes, sorprendió mucho a
Elmira, pero no tenía ánimos para intentar averi-
guar nada.

La fatal noticia llegó sin tardanza a oídos de la
desafortunada madre de Calvert, la cual se apresuró
en seguida a entrevistarse con Elmira, al que dijo:

—No deseo que me cuente usted los detalles del
suceso. Sólo quiero que me conteste una pregunta,
para mi relativa tranquilidad...

—Pregunte usted lo que quiera, señora... Yo es-

taba junto a él en aquellos momentos y lo sé todo.

—¿Estaba ebrio mi hijo?

Viendo Elmira que era un caso de conciencia de-
cir verdad o mentira, y comprendiendo que en aquel
momento dependía de él la tranquilidad, para toda
la vida, de una infortunada mujer, se dispuso a men-
tir, seguro de que obraba bien. Dijo:

—No, señora. Su hijo estaba en estado perfecta-
mente normal.

TERCERA PARTE

Esther y su padre se apresuraron a visitar a la madre de Calvert para lamentarse, muy de veras, del triste suceso. Todavía estaba allí Elmira, y Esther al entrar, verdaderamente sorprendida, exclamó:

— ¡Oh, señor Elmira!

Y como su padre la miraba, extrañado de aquella exclamación, aclaró sus palabras, las cuales sirvieron, de paso, para presentación de los dos hombres.

— Papá — dijo Esther — es el señor Elmira, a quien conocí en el tren.

Se saludaron los dos hombres, con efusión. Y como, un momento después, el padre de Esther emprendiera conversación con la madre de Calvert, Esther, a solas con Elmira, y enterada de que había sido testigo de la muerte de Jaime, le dijo, en tono de ruego y llena de un temor extraño, preocupado:

No tema usted revelarme toda la verdad, Jaime había sido mi prometido hasta ayer. ¡Temo que se haya quitado la vida por mi causa! Ayer le dije que rompía mi compromiso, le llevé a la desesperación, y he aquí el resultado: un suicidio. Lo bastante para ser desgraciada toda la vida.

— Señorita, no ha habido suicidio... Fue casualmente...

— No, no me lo hará creer. Se suicidó... y yo tengo la culpa...

Cuando, más tarde, Elmira se quedó sola, empezó a meditar en cómo podía haber ocurrido el suceso. No veía claro: no recordaba nada. Sin embargo, le parecía que él no tenía ninguna culpa de lo sucedido. Pero yo estaba borracho — pensó — y no pude darme cuenta de nada. ¿Le habré matado yo, como dijo aquella mujer? Creo que no. Pero ella lo dijo. Ahora bien, luego dijo otra cosa. ¿Cuándo mintió? Si mintió delante de todos, ¿por qué esa protección hacia mí, que soy para ella un desconocido? Pero no, cuando debió mentir fue al acusarme...

Guardó silencio unos momentos, y luego agregó para sí: Dios mío, voy a volverme loco. El vino que hebi me ha hecho perder la memoria de la escena en que Jaime ha perdido la vida. No recuerdo nada. Pero yo siento en mí que me le he matado, no, esto de ninguna manera. Aquella mujer debió acusarme pensando en lucrarse. Sin duda alguna, la astuta mujer, habiendo visto que estaba ebrio, se aprovechó de esta oportunidad para beneficiarse en el futuro. Me acusa cuando estoy solo, y me libra de toda culpa ante los demás, claro que para vender caro en el porvenir su silencio.

Hubo otros momentos de silencio y luego continuó pensando: Pero yo soy inocente, y esa vieja no tiene por qué guardar silencio de un hecho que no he cometido. Ahora mismo voy a ir a verla para que se retracte de lo que me dijo.

Y pensado y hecho. Unas horas después, ya estaba Elmira ante Martina, a la que dijo:

—He venido para que me diga por qué me acusó de haber causado la muerte de mi amigo Calvert. No me explico cómo se ha atrevido usted a hacerme autor de tan abominable crimen. Yo no lo cometi, no pude cometerlo... ¿Usted lo sabe mejor que nadie que es así!

Martina, advirtiendo que Elmira no tenía mucha seguridad al negar, repuso, pero de un modo que se veía que le costaba gran esfuerzo:

—¿No he mentido? ¿No he dicho más que la verdad!

—Pero entonces—repuso Elmira con cierta violencia—¿por qué mintió usted a los demás, diciéndoles que había sido un accidente? ¿Por qué no les dijo igualmente que yo había sido el causante de la muerte de Calvert?

—¿Vive aún la mujer que le dio el ser?

—Sí—contestó Elmira sin imaginar el por qué de aquella pregunta.

Por pensar que así fuera mentó a los demás... Yo tenía intención de denunciarla... pero luego pensé en lo que yo sufriría si alguien hiciera lo mismo con mi hijo... ¡Por eso menté!

Desarmado por esta respuesta, Elmira exclamó, agradecido:

—Tiene usted un corazón muy noble, señora, y siento haber tenido ciertas dudas respecto de su actitud. Perdónemelas, aunque no sepa cuáles son, y permítame que le haga este obsequio en favor de su hijo...

Diciendo esto, Elmira entregó a Martina un regalo espléndido y se despidió.

Convencido ya, puesto que no podía recordar cómo

había ocurrido el suceso, de su culpabilidad, regresaba decidido a entregarse a las autoridades.

Se hizo el firme propósito de ello, seguro de que este era su deber. En cuanto llegara a la pequeña ciudad, lo haría, sin vacilar.



La casualidad le puso, antes de que llevara a cabo su resolución, frente a un hombre que le preguntó:

—¿Es usted el señor Elmira?

—Sí, señor, para servirle.

—Yo soy Eugenio Calvert, hermano de Jaime... Me hallaba en el norte prosiguiendo mis estudios cuando amateció el triste suceso... Mi madre me telegrafió y he venido en seguida... Usted conoce bien los asuntos de mi hermano, y mi madre y yo le agra-

deciríamos mucho el favor de que nos ayude a ponerlos en claro.

Elmira estuvo tentado de decir, puesto que así lo creía ya: «El asesino de su hermano soy yo», pero le pareció más prudente callar aquella confesión para hacerla ante las autoridades.

Luego de una pausa, el hermano de Jaime agregó:

—Con ese objeto que le he indicado, ¿quiere usted acompañarme al despacho de mi hermano?

—¿Cómo? ¿acercarme?—pensaba Elmira. —¿Cómo decir a este hombre honrado que confía en mí la dura y triste verdad? Ciertamente que si yo maté a Jaime fué sin darme cuenta de ello, pues que ni siquiera me acuerdo de cómo pasó el caso, pero después de hecha la confesión, ¿cómo convencerles de mi inocencia a pesar del crimen? Mas, ¿no será otro crimen callar? Sin embargo, debo callar, al menos por ahora, aunque más tarde, ante las autoridades, hable de una vez y descargue mi conciencia. Pero tampoco, es lo más probable, comprenderán mi situación de asesino inocente, pues que en mí nunca ha habido la intención de matar a mi amigo y si le maté fué sin saber cómo.

Mientras Elmira pensaba todo esto, iba siguiendo a Eugenio, inconscientemente. Así, ambos llegaron al despacho del muerto. Eugenio abrió la puerta, y los dos entraron. Elmira palideció, como si realmente fuese un asesino.

CUARTA PARTE

Palideció, porque en aquel despacho todo hablaba del desaparecido. Las sillas, la mesa, los libros, los papeles, todo hablaba de Jaime. Y en la mente de Elmira, que ya se juzgaba por completo responsable, un sin fin de figuraciones torcían forma concreta. El habría dicho que todos aquellos objetos le llamaban, en silencio, *testigos*. De aquí su profunda palidez.

Claro es que Eugenio lo advirtió todo, pero juzgó que aquello era consecuencia de la emoción, cosa natural.

Por de pronto, pusieron todos los papeles en orden, dejando en lugar visible, para tenerlo a mano en seguida, si era preciso, el testamento de Jaime.

Hecho todo esto, Eugenio dijo a Elmira:

—Puede usted trabajar, en este despacho, como si fuera el suyo propio, y hacer todo lo que sea preciso, como si de sus propios asuntos se tratara. Yo vendré todos los días y le ayudaré si es necesario, y en cuando pueda...

—¿Cómo? ¿Ayudarme? ¿Pero no se marcha usted en seguida para proseguir sus estudios?

—Le diré... yo no pienso continuar mis estudios... al menos por ahora...

—¿Por qué razón?... ¿Arao cuestión de dinero?... ¡Háblame con franqueza!

—Lo ha adivinado usted. La situación mía y de madre no permite...

—Celebraría que usted me permitiera prestarle los recursos necesarios...

—No puedo aceptar... no... de ningún modo... Eso sería abusar de su amistad... ¡Bastante se sacrificó usted ya con ayudarnos en la tarea de poner en claro los asuntos de mi hermano...

Bueno. No le prestaré nada, puesto que usted no lo quiere... Pero he decidido comprar las tierras de Monte Verde y debo a los sucesores de Jaime la comisión correspondiente. De modo que todo se resuelve así. Aquí tiene usted el importe de dicha comisión.

—Eso es otra cosa, y así no tengo ningún inconveniente en aceptar el dinero. ¡No sabe usted cuánto se alegrará mi buena madre al saber esto! Si usted me lo permite voy ahora mismo a decirselo...

Saló Eugenio, a escape, contento y gozoso. Elmira, al quedarse sola, se dijo a sí misma en tono de reproche:

—Aliviar los sufrimientos de la madre... proteger al hermano... Me parece que está es una manera hipócrita de obrar, sobre todo mientras guarde el secreto de lo sucedido. Sin embargo, obro como siento. Yo no soy un hipócrita. ¡Qué situación tan falsa la mía!

Eugenio se marchó a proseguir sus estudios, y Elmira fue nombrado administrador de los bienes del finado. Aceptó el nombramiento con el propósito

de ayudar así, con sus propios recursos, aunque se acuitara, a los perjudicados por la muerte de Jaime, de la que él se creía culpable. Atenuaba así su culpa, que era su deseo más ferviente, habiendo rechazado ya el objetivo de hipócrita de que se creyó merecedor en un principio. No había hipocresía en



su actitud. Sólo en callar si acaso, pero leve, puesto que en su intención nunca había sido criminal.

Al cabo de algunos días, tuvo que ir a hacer el primer pago a la madre de Jaime. La buena señora le recibió con los brazos abiertos, como si fuera hijo suyo, lo que le alegró por una parte y le entristeció por otra, que para las dos cosas había razón. Luego, aquella buena mujer le dijo:

—Me siento muy sola, teniendo a Eugenio ausen-

te... ¿Quería usted quedarse aquí, en mi compañía, mientras sigue tramitando los asuntos de mi hijo? Podría ocupar las mismas habitaciones de Jaime. Estoy segura de que estará usted muy cómodo en ellas...

No sabiendo cómo rechazar aquella cariñosa invitación de la señora Calvert, Elvira accedió a irse a vivir allí hasta que terminara su misión. Sabía que el vivir allí le haría sufrir, sobre todo de remordimiento, pero, ¿cómo explicar una negativa? Bien lejos estaba de pensar que muy en breve un incidente, al parecer sin importancia, había de destruir todos sus planes, poniendo ante sus ojos un terrible dilema: el de, por dignidad, decir de una vez la verdad, sin rodeos, en absoluto. Y todo por vivir allí. De otro modo, nada habría sabido y, por lo tanto, no se habría presentado el dilema ineludible.

El incidente fué así: Ambaba de tomar el desayuno, con la madre de Jaime, cuando entró Esther, toda preocupada, y, después de saludarles, atterramente, a los dos dijo a la señora:

—Vengo a devolverle la sortija de prometida que me regaló su hijo... Creo que no tengo ya ningún derecho a llevarla... y he pensado que mi deber era devolvérsela a usted...

—No, no me la devuelva—repuso la madre de Jaime con un tono sarcástico desusado en ella.—Consérvela y que ella le sirva para recordar que ha sido usted la causante de la muerte de quien se la regaló...

Ante esta inesperada respuesta, Esther se quedó como petrificada. Ni accedió a decir palabra, ni tuvo ánimos para marcharse, que era lo que más desea-

ba. La madre de Jaime—y su cariño de madre disculpa su dureza, aunque no la justifica—añadió:

—Le empujó usted al sacrificio! ¡Ha sido un suicida porque usted, la mujer a quien amaba... jugó con su corazón!

Esther, que creía, como la madre de Jaime, que éste se había suicidado por su culpa, ante aquella acusación concreta, de la que ya su conciencia le reprochaba, tembló como un arbolillo ante una tempestad. Pero tampoco encontró palabra que decir; sólo hubiera querido huir, escapar de la presencia de su acusadora, que, implacable, agregó aún:

—¡Mi hijo, al caer en los brazos de la muerte, había sido lanzado a ellos por usted, por la desesperación que usted había llevado a su alma envenenada!

Al fin, temerosa de decir algo inconveniente, Esther tuvo fuerzas para marcharse. Elvira la vió salir con el alma rota de pena. El sabía que Jaime no se había suicidado. Por lo menos, de esto estaba seguro. Y entonces fué cuando, para que aquella muchacha no fuese nunca más acusada, tomó la resolución de decir la verdad.

QUINTA PARTE

Tan firme fué su decisión, que se dió cuenta de que ya no podría vivir tranquilo hasta que la llevara a cabo.

Poco después, por lo tanto, se fué a encontrar a Esther con el fin de que fuese ella la primera en oír su confesión. Le parecía que de la primera persona que debía ser perdonado era de aquella joven que, aunque indirectamente, había sido acusada de la muerte de Jaime, es decir, que se la hacía responsable moral de aquella muerte.

En cuanto estuvo ante la joven, procurando calmar su nerviosidad, que era mucha, dijo con voz segura, serena y sin titubeos:

—Deseo que sepa usted que cuanto le ha dicho la señora Calvert es erróneo. Jaime no ha sido un suicida.

—Agradezco su buen deseo, señor Elmira, de consolarme, pero mi conciencia me acusa de lo mismo que la señora Calvert, aunque con más comprensión.

—Pues su conciencia le engaña, como se engaña asimismo la buena señora que la ha acusado ante mí con una dureza que yo hubiera supuesto imposi-

ble... Repito que Jaime no fué un suicida... ¡Le maté yo!

—¡Oh, no es creíble, de ningún modo es creíble...!

—Pues sí, esa es la verdad...

—¿Está usted loco? ¡Eso no puede ser verdad!



—Le repito que, por desgracia, esa es la verdad. ¡Le maté yo! Yo... que estaba ebrio... por su culpa, eso sí...; pero por primera vez en mi vida... Tan ebrio, que no sabía lo que hacía... Le maté, sin saber cómo... No recuerdo nada... no sé cómo pasó... Sólo sé que le maté... He callado hasta aquí mi secreto porque nadie era acusado de su muerte...; pero ahora...

—Ahora también ha debido callar, pues que si lo maté fué sin querer. ¿Por qué, por qué me ha he-

ció usted a mí esa confesión? ¿Por qué ha puesto usted su vida en mis manos?

—Porque no puedo permitir que usted cargue con el peso de esta acusación injusta, que destruye la felicidad de su vida... No quiero que padezca ni un día de remordimientos por una culpa que no existe... Por otra parte, yo tenía necesidad de descargar mi conciencia...

Dicho esto, y sin esperar nuevas palabras de Esther, Elmirá salió.

Estaba como loco. Para airear su mente y meditar bien cómo debía hacer su confesión pública, se marchó al campo, a pasear en soledad.

Se enfadó entonces en su alma una lucha terrible entre el temor y el deber. El temor le hablaba de las amarguras del proceso; el deber le decía que su único camino era confesar su delito. Presa de esta lucha tormentosa, vagó durante muchas horas, sin norte ni guía, como si en su espíritu se hubiese apagado el último rayo de la voluntad.

De súbito, como si recobrara todas sus facultades, emprendió el camino hacia la pequeña ciudad, sin vacilación. Era visible que ya se había trazado un plan de conducta.

Aquel día era domingo. Las gentes del pueblo, en su mayoría, estaban reunidas en la capilla. Allí se encaminó, dispuesto a confesarse ante el mayor número posible de gentes. Entró en el momento en que el pastor decía estas palabras:

Ahora, demos testimonio de nuestra fe, para guía de los que necesitan de los divinos destellos de la luz de Dios.

Parecían estas palabras dirigidas especialmente a Elmirá. Así lo creyó él al menos, en cuanto las oyó.

Y ya no dudó más en cumplir lo que creía su deber. Poniéndose en pie, dijo con voz un poco quebrada por la emoción, pero henchida de seguridad en lo que respecta a su fondo:

—Deseo dar testimonio de que el Señor me libertó mi alma del pecado. Soy pecador arrepentido, y ruego que oréis por mí...

Todas las miradas se dirigieron a él, como preguntándole cuál era su pecado y cuál la causa por la que tenía que orar por él.

Contesto a aquellas miradas interrogadoras diciendo:

¡Yo maté a Jaime Calvert!

Hubo un murmullo de sorpresa en todos. El agregó:

—Digo la verdad. ¡En nombre de la misericordia divina, rogad por mí!

¡Oremos!—dijo el pastor, dándose cuenta de la grandeza de aquella confesión.

Momentos después, Elmirá oyó rumor de pasos que se acercaban a él. Iban a prenderle.

Ya estaba, pues, bajo el peso de la ley. ¿Qué pasaría?

Las gentes comentaban el suceso muy favorablemente para él. Esther, que le había oído en la capilla, como todos, decía, fervorosamente, a cuantos querían escucharla:

—¡Sea ello como fuere, yo siempre creeré en su inocencia!

Para sí misma, pensaba de Elmirá las mejores cosas. Aunque fuese verdad que él hubiese matado a Jaime—ella no lo creía, ni aun del modo intencionado que él le había referido—lo cierto era que no se había decidido a hacer su confesión hasta que

vió que ella era acusada. Esto demostraba un gran interés por ella, y como ella había sentido interés por él desde el primer momento que lo vió, éste aumentó entonces de un modo extraordinario, hasta convertirse en amor, apasionado y absorbente. Si se demostraba la inocencia de Elmira, ella misma le diría la grandeza de aquel amor, sin esperar palabra de él. Y si no se demostraba, con más razón aun, puesto que se acusaba para salvarla.

Vivió la joven más intrasablemente que nunca en el tiempo que pasó hasta el señalamiento del juicio en que Elmira había de ser condenado o absuelto.

El día fatal o gozoso llegó al fin, como todo llega en este mundo. Fué la primera en llegar a la sala. Todos los habitantes de la ciudad acudieron, pues que era una causa interesante en extremo.

Elmira, a todos los que pasaban junto a él para darle pruebas de amistad o de benevolencia, les decía:

—Diré la verdad, nada más que la verdad.

Se formó el tribunal que había de juzgarle. Él lo miraba todo curioso, sin temor ya a nada, con esa tranquilidad que da el estar bien con la propia conciencia.

Una vez que la sala quedó en silencio, para dar comienzo a la vista, el presidente del tribunal dijo a Elmira:

—Diga usted al jurado cuanto sepa relativo a la muerte de Jaime Calvert.

Elmira se puso en pie para hablar. Esther le miró con profunda simpatía y él cobró ánimos por virtud de aquella buena mirada, henchida de amor.

Pero antes de que dijera nada, entró en la sala,

impaciente, Martina, la cual pidió la venia del presidente para hablar y dijo:

—El señor Elmira es inocente del crimen de que él mismo se ha acusado... Dios me dió un hijo solamente, y éste padecía de enajenación mental... Ahora ya está muerto, para pena mía... Murió ayer...

—Bien—la interrumpió el presidente, pero concétese usted a hablar del hecho que aquí se ventila.

—A ello voy, señor... Mi hijo tenía la manía de despenar rocas para verlas caer al abismo... Una roca de estas fué la que mató al señor Calvert...

Esa la prueba de la inocencia de Elmira. Esther saltó del público a la sala y abrazó fervorosamente al procesado, con todo el impetu de su amor apasionado.

—¡Señorita Rimal!—le dijo el presidente, —haga usted el favor de retirarse del acusado! ¡Espere usted un poco, siquiera hasta que el tribunal sobresee la causa!

Pero Esther no oía nada. Estaba tan fuera de sí de gozo, que no tenía oídos para ninguna advertencia, ni ojos para lo que sucedía en su contorno. Sólo vivían éstos para mirar a Elmira prometiéndole una felicidad inacabable.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de
ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografias)

ART AGORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRES	WILLIAM S. HART
ITALIA ALATRANTR MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	SESSON HAYAKAWA
BOSCOE ARBUCKLE (Fatty)	WALTER HILERS
RICHARD BARTHELMES	HELEN HOLMES
ENNID BENNET	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK BOYER
CONSTANCE BIDNEY	CHARLES HUTCHITSON
GEORGE BISHOP	GARY HUGHES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARCIA CAPEI	ROMUALD JOURD
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CARRY (Cayena)	ALICE JOYCE
JAWEL CARMEN	DIANA KARENNE
IRENE CASTLE	TILDE KASSAY
MARGARITA CLARKE	BUSTER KEATON (Pamphlet)
JANE CULW	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Londre)	DORIS KENTON
ELENA CHADWICH	NORMAN KIRBY
LON CHANNY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charles)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANCO
VIOLA DANA	LAURA LA PLANT
SESS DANIELS (Ede)	DOUGLAS MAC LEAN
HELENA DARBY	VICTORIA LEPANTO
RACHEL DAVIES	MITCHEL LEWIS
PRISCILLA DEAN	HOMO K. LINCOLN
CAROL DEMPSTER	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DESMOND	BERT LITTLE
YENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATHERINE MAC DONALI	LUISA LORELAINE
LUCE DORAIN	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (Ed)
MISE DU PON	MACHISTE
MAXIME ELLIOT	CHARLES MACH
ELIONOR FAIR	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBRANKS	LYA MABA
FRANKLIN FARNUM	MAY MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINA FARHAR	SHERLEY MASON
ELBIE FERGOUSON	M. MATHE
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	THOMAS WEIGHAM
ALEC B. FRANCIS	MARY NILES WINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILLOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHEL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JERQUELINE GODSON	BLANCHET MONTEL
	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
 JACK WULFALL
 MAE MURRAY
 BENK NAVARRE
 ALLA NAZIMOVA
 POLA NEGRI
 ANA Q. NILEON
 MABEL NORMAND
 MARIA OSBORNE
 SENA OWEN
 EASY PAGE
 JEAN PAGE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAWN
 EILEN PERCY
 ROGER PETTIN
 MARY PHILBIN
 JACK PICKFORD
 MARY PICKFORD
 EDDIE POLO
 HENNY PORTER
 MARIA PEEVOET
 PRINCE (Salustiano)
 HERBERT RAWLINSON
 CHARLES RAY
 WALLACE REID
 FRITZI RATGEWAY
 M. RINSORI

CAMILO DE RISSO
 WILL ROGERS
 RUTH ROLAND
 MARCELLE BOLLET
 WILLIAM RUSSELL
 PATSI RUTH MILLER
 JOE RYAN
 CLARKER SELWYNE
 LARRY SEMON
 GUETAVO SERENA
 PAULINE STARK
 ANITA STEWAB
 GLORIA SWANSON
 CONSTANCE TALMADGE
 NORMA TALMADGE
 ALICE TERRY
 OLIVE THOMAS
 MADELAINE TRAVERSE
 RODOLFO VALENTINO
 VIRGINIA VALLI
 VERA VREGANI
 MARIA WALCAMP
 GEORGE WALSH
 GLADIS WALTON
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 BEN WILSON

20 céntimos ejempl

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial, Apartado de Co-
 rreos 925. Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pta.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions . . .	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	3'— "
" " Enfants	"	3'— "
" " Lingerie	"	3'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemen	"	5'— "
Fashions	"	3'— "
Patrons Favoris Travestis .	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a: **Publicaciones Mundial, Barbadá, 15. Apertado 925—Barcelona**